EL FUNDAMENTO IUSNATURALISTA DEL DERECHO AL TRABAJO EN EL SOCIALISMO UTÓPICO

Francisco Vigo Serralvo
Profesor sustituto de Derecho del Trabajo y la Seguridad Social
Universidad de Málaga

Abstract

Aquí nos ocupamos de los discursos teóricos sobre el derecho al trabajo emitidos por los primeros socialistas utópicos durante la primera mitad del siglo XIX. Más concretamente, rescataremos una idea que nos resulta especialmente sugerente: la fundamentación iusnatural con la que justificaron la legitimidad de este derecho. Ante este objetivo, ofreceremos una previa contextualización dirigida a hacer ver la trascendencia adquirida por el derecho al trabajo en esta época. Seguidamente, incorporamos los argumentos principales que sostienen esta fundamentación iusnaturalista, deteniéndonos con más detalle en las aportaciones de Charles Fourier, continuando, finalmente, con la reformulación del discurso fourerista que hicieron otros pensadores del periodo.

Here we deal with the theoretical discourses on the right to work issued by the first utopian socialists during the first half of the 19th century. More specifically, we will rescue an idea that is especially suggestive: the natural foundation they gave to this right. Given this objective, we will offer a prior contextualization aimed at showing the importance acquired by the right to work at this time. Next, we incorporate the main arguments that support this iusnaturalist foundation, stopping in more detail in the contributions of Charles Fourier, continuing, finally, with the reformulation of the Fourerist discourse made by other thinkers of the period.

Title: The iusnatural foundation of the right to work in utopian socialists

Palabras clave: Derecho al trabajo, cuestión social, Charles Fourier, socialismo utópico.

Keywords: Right to work, social issue, Charles Fourier, utopian socialism

IUSLabor 1/2020, ISSN 1699-2938, p. 181-208

DOI. 10.31009/IUSLabor.2020.i01.07

Fecha envío: 4.12.2019 | Fecha aceptación: 1.4.2020

Sumario

1. Introducción
2. Contextualización histórica. El derecho al trabajo como vector de un primigenio proyecto de Estado social
3. Planteamiento *fourerista* sobre el derecho al trabajo
4. La fundamentación iusnatural del derecho al trabajo en otros autores del periodo
5. Reflexión de cierre sobre las sinergias entre el derecho al trabajo y el derecho a la propiedad privada

1. Introducción

El derecho al trabajo es una institución jurídica singular. En este es posible apreciar en un contraste entre el extenso reconocimiento del que goza, habiendo sido codificado en la mayoría de los textos constitucionales del planeta, y la indeterminación en cuanto a su contenido y las derivadas que el mismo proyectaría en la realidad social y económica de cada ordenamiento. Este extenso reconocimiento contrasta también con el escaso interés doctrinal que ha suscitado el estudio técnico jurídico de este derecho, pero también sus dimensiones más conceptuales, políticas o históricas, que serán las que aquí acapararán nuestra atención.

Y es que, lo que se persigue en este estudio es afirmar que esta indeterminada cláusula constitucional, el derecho al trabajo, en un origen fue una institución a la que se le atribuyó un amplio alcance transformador. En un periodo que podemos acotar en la primera mitad del siglo XIX, y en un espacio que podemos ubicar en Francia, el derecho al trabajo acaparó la atención de muchos pensadores que vieron en él un instrumento privilegiado para superar las carencias que se le imputaban al orden capitalista de libre concurrencia. Este discurso intelectual caló en el imaginario del movimiento obrero de la época, que acogió el derecho al trabajo como su principal reivindicación, y, posteriormente, fue debatido políticamente de manera muy intensa, hasta el punto de que no resultaría impropio afirmar que la discusión sobre su reconocimiento fue determinante en el surgimiento, desenvolvimiento y desenlace de la Revolución de París de 1848.

Aunque estos momentos iniciales de la historia del derecho al trabajo aglutinan muchos aspectos relevantes, aquí vamos a limitarnos a recoger uno de ellos al que otorgamos un interés singular: la fundamentación iusnaturalista de este derecho presentada por algunos padres del socialismo francés, especialmente Fourier. Será a través esta fundamentación, ampliamente divulgada, cómo se le proporcionó un sólido respaldo doctrinario a este derecho. Conocer la misma nos ayudará a comprender la trascendencia adquirida *in illo tempore* por el derecho al trabajo y cómo este llegó a presentarse como una *conditio sine qua non* para la legitimidad del orden social; como un instrumento con el que superar los déficits que se le imputaban a un balbuceante orden industrial. Frente a otras vías más disruptivas, los promotores del derecho al trabajo, al menos en su mayoría, no aspiraban a derrocar los elementos estructurales del capitalismo y la sociedad industrial, *id est*, la propiedad privada y la libertad de contratación, pero sí corregir las inequidades que estas engendraban bajo un régimen irrestricto de libre competencia y que cristalizaron en lo que ha venido a denominarse cuestión social.

En este estudio aludiremos, en parte, a estos primeros pronunciamientos sobre el derecho al trabajo, pero no movidos por un prurito histórico-descriptivo, sino con la vocación de enriquecer las reflexiones más actuales sobre el Estado social. Y ello desde el convencimiento de que, aunque el sustrato político y social donde emergieron estos primeros planteamientos sobre el derecho al trabajo difiera extensamente del que hoy nos es coétaneo, sus elementos discursivos encuentran hoy día alguna vigencia, resultando pertinente recuperarlos para ser traídos al debate contemporáneo sobre el Estado social; para una mejor comprensión del significado de esta forma política de convivencia, pero también para sopesar sus posibilidades futuras de actuación en una disyuntiva en la que la crisis de la misma parece extensamente percibida, sin que ninguna de las respuestas hasta ahora brindada parezca íntegramente satisfactoria.

2. Contextualización histórica. El derecho al trabajo como vector de un primigenio proyecto de Estado social

La idea a la que aquí aludiremos surge de una investigación de más amplio alcance en la que acabábamos afirmando que el derecho al trabajo, durante un breve periodo de tiempo, llegó a cobijar un ambicioso programa de reforma social; según allí concluíamos, este derecho fue el vector de un primigenio y alternativo proyecto de Estado social. Las consideraciones que allí incorporábamos no pueden ser aquí traídas en su integridad. Quizás ello ni siquiera resulte imprescindible -ni conveniente si aspiramos evitar reiteraciones tautológicas-. Sí estimamos, sin embargo, que resulta ineludible, para una mejor comprensión de cuanto sigue, traer algunas de las conclusiones de dicho estudio; al menos aquellas que nos permiten comprender la significancia y el alcance transformador que se le atribuyó al derecho al trabajo en el periodo de la historia al que estamos aludiendo. La vocación propedéutica de este apartado impedirá entrar en estas consideraciones con la profundidad necesaria para su fundamentación, por lo que, para una mayor justificación de estas, remitimos al lector interesado al precitado estudio, el cual ha sido recientemente publicado bajo el intitulo *El derecho al trabajo, un primigenio y alternativo proyecto de Estado social. Reflexiones para el debate sobre la cuestión social contemporánea*¹.

a) En primer lugar, si aquí estamos definiendo al derecho al trabajo como un proyecto de Estado social, débese aclarar qué significado le atribuimos a dicha expresión. Adhiriéndonos a los pronunciamientos de los sociólogos franceses Robert Castel² y

¹ CIZUR MENOR, Thomson-Reuters Aranzadi, 2019.

² CASTEL, R., *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegidos?* (trad. ACKERMAN, Viviana), Manantial, Buenos Aires, 2004 (orig. 2003).

Pierre Rosanvallon³, entre otros, concebimos el Estado social como una forma política de convivencia en la que el poder público asume, entre sus funciones consustanciales, la salvaguarda del individuo, en sus bienes y su persona, tratando de generar situaciones de certeza o seguridad existencial, para lo cual actúa a través de la protección del derecho de propiedad, pero también a través de otros medios de intervención social de carácter prestacional. Frente a una primitiva idealización teórica del Estado, esbozada en origen por Hobbes o Locke y en las que el poder político solo asume la protección del derecho de propiedad y las libertades individuales -*Estado protector* o *Estado gendarme*-, el Estado social -o *Estado providencia*, según se prefiera- surge para otorgar certeza existencial a aquellos individuos que no ostentan el derecho de propiedad y que por tanto requieren de otros derechos prestacionales que se la proporcione. Esta segunda formulación es así una radicalización del *Estado protector* que surge conceptualmente cuando se constata que este último despliega su función tutelar sobre una reducida cuota poblacional, satisfaciendo de manera deficitaria la dotación de seguridad existencial que es, en última instancia, el objeto principal del contrato social y el que legitima la existencia del Estado⁴. Para ensanchar este ámbito subjetivo de protección, se hacía preciso alterar el paradigma de intervención del *Estado protector* que descansaba sobre el prototipo de derecho subjetivo liberal operativo a través del binomio derecho-prohibición. La institucionalización de garantías de existencia para los individuos no propietarios requería, necesariamente, otros mecanismos de intervención que impusiese obligaciones de hacer sobre los poderes públicos a través de derechos positivos o -si se prefiere- prestacionales, dirigidos, no solo a salvaguardar *status quos* consolidados, sino también modificar o promocionar mejoras sobre ciertas condiciones desfavorables de partida. La institucionalización progresiva de mecanismos de tutela de este tipo es lo que, a la postre y a través de un dilatado proceso histórico, provocó el surgimiento del Estado social que hoy conocemos. La que nosotros mantuvimos en la investigación matriz de este artículo es que, en estrictos términos cronológicos, puede afirmarse que los discursos originales sobre el derecho al trabajo de los socialistas utópicos, a los que

³ ROSANVALLON, P., *La crisis del Estado Providencia* (trad. y estudio introductorio, ESTRUCH MANJÓN, A.), Civitas, Madrid, 1995 (orig. 1981).

⁴ Esta idea, que resulta esencial en la argumentación de Castel y Rosanvallon, la toman nuevamente de los padres intelectuales del Estado moderno, Hobbes y Locke. El primero de estos autores manifestaría que “la causa final, propósito o designio que hace que los hombres –los cuales aman por naturaleza la libertad y el dominio sobre los demás– se impongan a sí mismos esta restricción –en la que lo vemos vivir formando Estados–, es el cuidado de su propia conservación y, por añadidura, el logro de una vida más armónica”; “el motivo y fin por el cual se establece esta renuncia y transferencia de derechos no es otro sino la seguridad de una persona, en su vida, y en los modos de conservar esta en forma que no sea gravosa” HOBBS, T., *El Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil* (trad. SÁNCHEZ SARTO, MANUEL), Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico, 1995 (orig. 1651). Referencias en igual sentido, podemos encontrar en Locke, por ejemplo, en su *Segundo Tratado sobre el Gobierno civil*, (trad. MELLIZO, CARLOS), Tecnos, Madrid, 2006 (orig. 1689), págs. 123 y 124.

aquí nos referiremos, fueron pioneros en pergeñar los trazos esenciales del Estado social en los términos aquí aludidos. En efecto y como se verá, desde una posición crítica con los postulados del régimen liberal posrevolucionario, dichos discursos tratan de superarlo a través de una actuación positiva del poder público, concretamente la provisión de empleo, tendente a proporcionar seguridad existencial a los individuos no propietarios.

b) Otra apreciación imprescindible para comprender la importancia adquirida en este periodo por el derecho al trabajo pasa por identificar el desempleo como el principal mal que acuciaba a la población obrera de finales del siglo XVII y principios del XIX. Aunque sea el pauperismo industrial -es decir, la degradación de las condiciones materiales y morales en las relaciones de trabajo ocurrida durante la primera industrialización- la principal problemática que asociamos a la cuestión social decimonónica, lo cierto y verdad es que si acudimos a los comentarios de los analistas sociales del período comprobaremos que en estos ya se definía el desempleo como la contingencia más preocupante, como la que más incidencia negativa tenía sobre la condición de los trabajadores. En este sentido y como botón de muestra, extractamos las palabras de Quentin Bauchart:

“[E]s el desempleo el que [el trabajador] ha sufrido más; es contra el desempleo que exige garantías; por supuesto, también pide un intercambio leal entre el patrono y trabajador, no quiere más salarios insuficientes o trabajo excesivo, pero todavía se adapta a una pequeña ganancia y una tarea difícil, si uno y otro le fueran asegurados todos los días, hemos visto que, casi en todas partes [...] puede abastecerse a sí mismo, a veces un poco estrictamente, a veces más ampliamente, pero que no puede constituir ahorros, y que los grandes proveedores de miseria, y las miserias espantosas son las crisis económicas, casi periódicas, que lo privan de su sustento al detener la producción. Entendemos, entonces, que el primer grito que ha encontrado un eco en las masas trabajadoras [...] es el de “¡derecho al trabajo!”⁵.

⁵ QUENTIN BAUCHART, P., *La crise sociale de 1848. Les origines et la Révolution de Février*, Libr. Hachette, París, 1920, p. 147. Pronunciamentos similares, definiendo al desempleo como el protagonista de la cuestión social, encontramos en SISMONDI, J.C.S., *Nouveaux principes d' économie politique*. T.II, Chez Delaunay, París 1819, p. 259; y BEURET, E., *De la misère des classes labourieuses en France et en Angleterre*, T.I., Chez Paulin, París, 1840, pp. 68 y 70. En cuanto a análisis contemporáneos que alcanzan esta misma conclusión, pueden traerse los de DOLLEANS, E., *Historia del movimiento obrero...*, *op. cit.*, p. 20; LABROUSSE, E., *Le mouvement ouvrier et les théories sociales de 1815 a 1848*, Centre de documentattion universitaire, París, 1954 y HOBBSAWM, E. J., *La era del capitalismo: (1848-1875)* (trad. garcía FLUIXÁ, A.), Editorial Labor, Barcelona, 1989.

Al identificarse el desempleo como principal mal del proletariado, no se está negando el pauperismo industrial, ni siquiera se está relativizando este. Lo que ocurre es que, en el discurso de la época, este pauperismo se asociaba causalmente a la inseguridad en el empleo. La operatividad del mercado de trabajo se describía recurriendo a la *ley de hierro de los salarios* -de ascendencia ricardiana y posteriormente rebautizada por Ferdinand Lasalle, como *ley de bronce de los salarios*- según la cual estos tienden a alcanzar mínimos de subsistencia. En el momento en el que las retribuciones sobrepasasen este *mínimum existencial* se produciría un incremento demográfico en la población obrera, un congruo aumento de la oferta de mano de obra y, en consecuencia, una reducción de los salarios tributaria de la mayor competitividad de los operarios para acceder a unos puestos de trabajo que eran limitados. La precariedad de las condiciones de trabajo se explicaba así por un excedente de mano de obra -*ejército industrial de reserva*, en ulteriores términos marxistas- que incrementaba la competitividad inter-operarios y, derivada de esta, la devaluación del salario y otros componentes contractuales de la relación laboral. Según expuso otro analista del momento, en esta ocasión Eugène Beuret, *“el trabajo debe rebajar su precio cada vez más porque la competencia ejerce una doble presión para reducirlo, presión por parte de quienes emplean el trabajo y se esfuerzan por obtenerlo al mejor precio posible, por medio de nuevas máquinas e inventos; presión por parte de los trabajadores, quienes, aglomerados sobre un mismo punto y cada vez en mayor número, ofrecen su trabajo rebajado”*⁶.

c) En tercer lugar, y como definición previa, debe dejarse señalado desde un comienzo que la referencias que aquí haremos al derecho a trabajo deben entenderse ligadas a la concepción de este derecho vigente a mediados de siglo XIX, cuando se presentó como un derecho de crédito perfecto, por el cual se facultaba a sus beneficiarios a dirigirse a las instituciones públicas para exigir de estas una ocupación remunerada. Aunque existen matices, más o menos trascendentes, en las proposiciones de los diferentes autores, la idea expuesta quizás sintetice bien el contenido genuino de las mismas. Como dictaminó un analista cualificado del pensamiento socialista, Anton Menger:

“La noción exacta del derecho al trabajo, hasta donde las teorías y las aplicaciones inciertas y poco precisas, permiten inferir resultados ciertos, es más bien la siguiente: Por virtud del derecho al trabajo, todo ciudadano en estado de trabajar que no encuentra trabajo en las empresas privadas, puede pedir al Estado o a las

⁶ BEURET, E., *De la misère des classes labourieuses...op.cit.*, p. 43.

autoridades locales –distritos, municipios– que le proporcionen trabajo ordinario y el pago de salario corriente”⁷.

Debemos aquí rehusar por tanto cualquier lectura contemporánea del derecho al trabajo en la que este se identifica, según el criterio más extendido, como un mandato de optimización que no permite su invocación directa⁸. Valga decir de añadidura que, por rudimentarios que nos puedan parecer hoy los planes de transformación social basados en el reconocimiento del derecho al trabajo -en los términos en los que este ha sido descrito- debemos reparar en que este -tal y como era postulado a la sazón- exigía, de forma consustancial y como requisito de operatividad una remoción profunda de los pilares que sostenían el orden político-económico liberal concebido en la etapa revolucionaria: *“el derecho al trabajo implica necesariamente la organización del trabajo, y la organización del trabajo implica la transformación económica de la sociedad. Adoptado el principio, las consecuencias son inevitables”*⁹. En efecto, esta garantía de empleo estaba llamada a incidir sobre uno de los engranajes centrales del capitalismo, la competencia entre los trabajadores. Se estimaba que teniendo estos una opción de empleo -*id est*, de existencia- garantida por el poder público, solo aceptarían aquellas posibilidades de empleo brindadas por el mercado que se adecuasen a unos niveles óptimos de dignidad o decencia. Podría definirse así este derecho al trabajo como un primer intento de *domesticación* del mercado por parte del Estado en aras de salvaguardar ciertos intereses del individuo al margen de la dinámica económica. Como sostiene Robert Castel *“el derecho al trabajo habría sido sobre todo un derecho de los trabajadores y habría subordinado el interés económico a la realización de objetivos*

⁷ MENDER, A., *El derecho al producto íntegro del trabajo* (edición y estudio preliminar «Derechos sociales y Estado democrático social Monereo Pérez, J.L.»), Editorial Comares, Granada 2004 (orig. 1886).p. 18. Esta definición es recogida en su integridad y en su práctica literalidad por LAURENS, E., *Louis Blanc le régime social du travail*, Librairie Nouvelle de Droit et de Jurisprudence, París, 1908, p. 96.

⁸ ALEXY, R., *A theory of Constitutional Rights*, Oxford, University Press. 2002, Oxford, p. 342.

⁹ Vidal, secretario de la Comisión del Luxemburgo, en su libro publicado en 1848, *Vivre travaillant*. Tomo la cita de ALARCÓN CARACUEL, M.R., “Derecho al trabajo, libertad profesional y deber de trabajar”, *Revista de Política Social. Instituto de Estudios Políticos*, vol. 121 (1979), pp. 5–39, p. 19, quien a su vez la toma de Burdeau, G: *Les libertés publiques*, Librairie Générale de Droit et Jurisprudence, París, 1972, p. 402. En este mismo sentido, Elena Antonetti subraya como *“se destacó un hecho no secundario: la inevitable fusión entre cualquier perspectiva de reconocimiento del derecho a trabajar con una reforma estructural del sistema económico-industrial. En otras palabras, se consideró que había que prever alguna forma de regulación estatal de la economía para satisfacer la aspiración al trabajo de la población; por lo tanto, solo al intervenir en el marco legislativo podríamos mitigar y controlar la competencia industrial y garantizar posibilidades de empleo concretas y generalizadas”*, ANTONETTI, E., “«Vivre en travaillant»! Il dibattito sul diritto al lavoro all’Assemblea Nazionale Costituente Francese (11–15 settembre 1848)”, *Scienza & Politica*, vol. 22 (2000), pp. 47–70, p. 52.

sociales”¹⁰ o, como ulteriormente interpretaría el propio Karl Marx, “*detrás del derecho al trabajo está el poder sobre el capital, y detrás del poder sobre el capital la apropiación de los medios de producción, su sumisión a la clase obrera asociada, y por consiguiente, la abolición tanto del trabajo asalariado como del capital y sus relaciones mutuas*”¹¹.

d) Por último, como cuarta consideración, debe aludirse a la valoración social positiva y protagonista que adquiere la actividad laboriosa durante la Ilustración. Ciertamente, los déficits de cobertura del *Estado protector* a los que hemos aludido no necesariamente debían superarse a través de una garantía perfecta de empleo. Bien podría solventarse a través de otro tipo de intervención tutelar, verbigracia, de corte prestacional, a través de la cual el poder político sustentase materialmente el proyecto de vida de cada uno de sus ciudadanos. El planteamiento de una renta básica universal ya había sido introducido tímidamente en la literatura social del momento¹², si esta proposición ocupó un lugar marginal en el debate político ello era debido a que, en el acervo cultural de la época, era inconcebible, o al menos no podría estimarse como benemérita, la sustracción voluntaria del trabajo. En modo alguno, este estilo de vida ocioso podría ser subvencionado con cargo a la colectividad. Aunque es sumamente difícil compendiar los caracteres sociológicos adquiridos por el trabajo en esta época, baste decir que durante el periodo ilustrado, y como consecuencia de aportaciones teóricas de diversa índole¹³, había terminado por conformarse una acepción humanista del trabajo que lo definía como una institución sociointegradora crucial, como la contribución que cada individuo debe a la sociedad y como el único fundamento legítimo de la propiedad y la riqueza. Ello, que visto desde los parámetros actuales -propios de la llamada sociedad del trabajo- puede parecernos una obviedad, en realidad transgredía las apreciaciones sobre el trabajo imperantes en las sociedades antiguas¹⁴, en las que este, con algunos matices, se concebía como una actividad marginal reservada a los estratos inferiores de

¹⁰ Castel, R., *La metamorfosis de la cuestión social...op. cit.*, p. 166.

¹¹ MARX, K., *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* (trad. Grupo de Traductores de la Fundación Federico Engels), Fundación Federico Engels, Madrid, 2015 (orig. 1850), p. 81. Esta valoración de Karl Marx, sin embargo, no conecta con las principales teorías sobre el derecho al trabajo del periodo, que, como sabemos, no presuponían la comunitarización de los bienes productivos.

¹² MOREAU-CHRISTOPHE, L. M., *Du droit a l'oisiveté et de l'organisation du travail servile dans les Républiques Greques et Romaine*, Chez Guillaumin, París, 1849, pp. III y IV.

¹³ DURÁN VÁZQUEZ, J.D., “La construcción social del concepto moderno de trabajo”, *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, núm. 13, vol. 1 (2006).

¹⁴ ARENDT, H., “Labor, trabajo, acción”. Conferencia probablemente pronunciada en 1957. El manuscrito de la conferencia se halla depositado en “The Papers of Hannah Arendt” de la *Library of Congress*. Se encuentra publicada en castellano en *De la Historia a la Acción*. (trad. BIURLÉS, F.), Paidós, Barcelona, 1995. pp. 89–108. p. 92.

cada sociedad¹⁵. Las diversas aportaciones aparecidas durante el periodo ilustrado vinieron a rescatar a la actividad laboriosa de esta marginalidad para identificarlo con una institución sociológica central, lo que influyó notablemente en los primeros discursos teóricos sobre el derecho al trabajo.

3. Planteamiento fourerista sobre el derecho al trabajo

Casi todos los investigadores que han indagado en la historia del derecho al trabajo y sus fundamentos teóricos coinciden al atribuir la paternidad intelectual de este al utopista francés Charles Fourier¹⁶. Ello es una conclusión que se presta sin embargo a controversia, siendo quizás más riguroso atribuirle este mérito al *conjurador de los iguales*, Grachus Babeuf, que, con algunas décadas de antelación, ya advirtió de los déficits de justicia que albergaba el orden capitalista y la necesidad de superarlos, proponiendo un institucionalismo capaz de asegurar la existencia de todos los individuos a través del trabajo. Ocurre sin embargo que los pronunciamientos de Babeuf sobre el particular aparecen aisladamente, en un manuscrito casi desconocido¹⁷, sin llegar a construir sobre este una disertación teórica profunda. Con todo, para justipreciar la contribución de este autor, debe decirse que los principales elementos de los posteriores discursos socialistas sobre el derecho al trabajo aparecen ya incorporados en aquel manuscrito. En efecto, este autor encontró la legitimidad de este derecho en el estrecho ámbito subjetivo de protección que proporcionaba la propiedad privada, y la situación de desamparo en la que quedaban muchos individuos en un régimen que solo contemplaba aquella como mecanismo de seguridad existencial:

“Es evidente que la propiedad es la más sólida de todas las medidas para asegurar la subsistencia. Pero es muy esencial tener en cuenta que los individuos sin propiedad de la tierra son innumerables en comparación con aquellos que la tienen. Estos individuos sin propiedad tienen sin embargo el derecho imprescriptible a los medios con los que asegurar su propia conservación. La propiedad otorga un medio de existencia asegurado a los propietarios. El trabajo sin propiedad también puede garantizarlo a quienes no lo son. Por lo tanto, tienen

¹⁵ GORZ, A., *Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido. Crítica de la razón económica* (trad. RUIZ, M.ª C.), Sistema, Madrid, 1995.

¹⁶ Sin vocación exhaustiva: LAVALETTE, F., *Le Droit au travail en 1848*, París, Arthur Rosseau, 1912, p. 1; MENDER, A.: *El derecho al producto integro...op. cit.* p. 19; Herrera, C.M., “Constitución y Derechos Sociales”. *Rev. Derecho del Estado*, núm. 15, (2003), pp. 75-92, p. 78; SVESTKA M., *Diritto al lavoro*, La Nuova Italia, Florencia, 1951, p. 467.

¹⁷ Referencias a la existencia y contenido de este documento, se encuentran también en MAILLARD, A.; MAZAURIC, C.; Y WALTER, E., *Présence de Babeuf: lumières, révolution, communisme*, Publications de la Sorbonne, París, 1994, p. 158.

un derecho indiscutible al trabajo, y es un deber de la humanidad y la prudencia de parte de los propietarios hacerlos disfrutar, porque aquellos para quienes el trabajo es el único recurso son los más numerosos. [...]. La negligencia de este deber, o la negligencia de su cumplimiento, comprometería el punto más espantoso de la propiedad individual y permanente. Se convertirán necesariamente y tal vez precisamente en la presa de esta multitud desprovista de trabajo cuyas fuerzas son incalculables y capaces de ser llevadas a los fines más grandes, cuando carecen de trabajo y salario, no tienen forma de satisfacer la necesidad irresistible para subsistir”¹⁸.

Dicho lo anterior, atribuyéndole en justicia a Babeuf este mérito, será la aportación teórica de Fourier sobre el derecho al trabajo la primera que alcanzó un grado notable de difusión. Además de ello, en lo que aquí nos interesa, fue ciertamente el padre del falansterio quien construyó una fundamentación iusnatural de dicho derecho que luego sería retomada, con algunas enmiendas puntuales, por otros protosocialistas franceses de mediados del siglo XIX¹⁹. Siendo que este fundamento iusnatural constituye el objeto de análisis en este estudio, nos detendremos a analizar la exposición fourierista sobre el particular:

Para encontrar este planteamiento expresado de manera más límpida deberemos acudir a la principal obra de este autor, *Traité de l'Association domestique-agricole*²⁰. Más concretamente, será en su Capítulo VII, intitulado *Erreur capitale sur la Liberté. Déni du droit au Travail*, donde la encontremos ubicada -y ello sin perjuicio de que en otras obras más tempranas de este autor ya aparezcan alusiones al derecho al trabajo²¹-. La defensa del derecho al trabajo que allí se hace va precedida de una crítica al concepto de libertad sobre el que se ha edificado el sistema político y económico regente tras la Revolución francesa. Fourier propone distinguir dos tipos de libertad, diferenciando entre la libertad formal y la libertad material, o, en su nomenclatura propia, *libertad simple y libertad de base compuesta o dualizada*²², entendida esta última como aquella

¹⁸ DALINE, V., *Gracchus Babeuf avant et pendant la Révolution française (1785–1794)*, Éditions du Progrès, Moscú, 1987, p. 283 y 284.

¹⁹ Como decíamos, este fundamento naturalista del derecho al trabajo, que sería ulteriormente enmendado y popularizado por los epígonos foureristas -de entre todos y de forma más saliente por Victor Considerant- adquiere una importancia crucial, al ser seguido por muchos de los teóricos del derecho al trabajo posteriores a Fourier y trascender, incluso, al debate político-parlamentario de 1848.

²⁰ Trabajamos con la versión incluida en *Oeuvres complètes*, Paris, Société pour la propagation et pour la réalisation de la théorie de Fourier, 1843 (orig. 1822 bajo el título, *Théorie de L'unité universelle*).

²¹ FOURIER, CH.: “*Théorie des quatre mouvements*, Vol. I”. En *Oeuvres complètes*, Société pour la propagation et pour la réalisation de la théorie de Fourier, Paris, 1843 (orig. 1808), pp. 288, 289 y 394.

²² *Ibid.*, p. 131.

que aparece acompañada de unas garantías existenciales mínimas, sin las cuales la libertad y cualesquiera otros derechos reconocidos carecerían de efectividad. A modo de ejemplo y siempre según Fourier, este mayor grado de libertad, la libertad compleja, estaría ausente en aquellos sujetos sin recursos que se ven obligados a concertar una relación salarial para poder mantener su existencia: “*un subordinado que tenga opiniones contradictorias con las de su jefe, sería despedido y privado de trabajo; por lo tanto, no disfruta de una libertad social activa, ni siquiera del derecho de opinión*”²³.

Según sigue exponiendo, este grado más alto o perfecto de libertad solo lo ostentó el ser humano en el estado salvaje²⁴, en el que gozaba de manera irrestricta de una serie de derechos naturales que le permitían el acceso a los medios necesarios para la existencia sin sujeción a ninguna servidumbre o jerarquía. Estos derechos naturales los enumerará Fourier en siete, a saber: caza, pesca, recolección, pasto, robo [sic], asociación, y despreocupación²⁵-. Dentro de estos, a efectos de lo que aquí nos ocupa, conviene subrayar los cuatro primeros, a los que Fourier denomina *cuatro derechos cardinales*, que serían los que le permitirían al individuo acceder libremente a los medios necesarios para sostener su existencia material. Con evocación de las teorías contractualistas, tan arraigadas en aquel tiempo²⁶, Fourier mantendrá que el estado civil y, más concretamente, la sociedad industrial, alienaron estos derechos al individuo cercenando el grado de libertad del que este gozaba en el mundo presocial. El estado civilizado es así el resultado de un pacto inequitativo: desde el momento en que reconoce entre sus elementos fundacionales el derecho a la propiedad privada, limita o impide el libre ejercicio de aquellos derechos y, con ellos, la libre existencia del individuo. Trataríase así de un acuerdo que solo beneficia a los propietarios en detrimento de los no

²³*Ibid.* p. 158. Igualmente, más adelante –p. 160–, añadirá: “una igualdad en la que las personas, que están decoradas con el nombre de soberano, no tienen trabajo ni pan, venden su vida a las cinco de la tarde, se arrastran a la carnicería, la cadena alrededor de sus cuellos”.

²⁴*Ibid.*, p. 159.

²⁵*Idem.*

²⁶ En efecto, todos los contractualistas –léase Locke, Fourier, Rousseau– nos definieron el contrato social como un momento genético del orden social en el que el individuo enajenaba parte de sus derechos naturales a cambio de su incorporación a un orden social. Citando ahora a Rousseau, que quizás pudo desplegar una incidencia más directa en los pensadores franceses del periodo, para el ginebrino el contrato social constituía la “*enajenación total de cada asociado con todos sus derechos a toda la humanidad*”. ROSSEAU, J.J., *El contrato social. Principios de Derecho político*, Impr. de los Herederos de Roca, Barcelona, 1836, p. 19. Más adelante en esta misma obra se leerá: “*cada miembro de la comunidad se da a ella en el momento en que se forma tal como se encuentra actualmente; se entrega él con sus fuerzas, de las cuales forman parte los bienes que posee*”, *ibid.* 27; “*todo lo que cada uno enajena de su poder mediante el pacto social, de igual suerte que se enajena de sus bienes, de su libertad, es solamente la parte de todo aquello cuyo uso importa a la comunidad; más es preciso convenir también que sólo el soberano es juez para apreciarlo*”, *ibid.* p. 39.

propietarios, que enajenan estos derechos naturales a cambio de nada. En opinión de Fourier, recobrar el equilibrio y la certeza en el acceso a los medios de existencia del que gozaba el individuo en el estado salvaje exigiría, bien reconocer esos derechos primitivos de subsistencia, lo cual se antoja impracticable en el orden social, o bien ofrecer otros derechos equivalentes, “*un equivalente lo suficientemente real como para que el salvaje, que goza de estos siete derechos, prefiera unirse a nosotros y abrazar la civilización. Tal es la condición que los filósofos deberían imponer a la teoría de la libertad*”²⁷.

Será aquí cuando Fourier introduzca su defensa del derecho al trabajo. Para él, este sería un derecho sustitutivo de los *cuatro derechos cardinales*²⁸. Para llegar a tal conclusión el razonamiento que nos ofrece es sencillo, pero, y quizás precisamente por ello, sumamente sugestivo. En el *estado salvaje* el hombre tiene la facultad de procurar su existencia material mediante el ejercicio de estos cuatro derechos; sin embargo, el estado civilizado y el régimen patrimonial burgués de Derecho privado, imposibilita el ejercicio libre e igualitario de aquellos. Mediante la institucionalización del derecho de propiedad se priva a los individuos que carecen de ella del derecho incondicional a la existencia material. Según Fourier, el equivalente de estos cuatro derechos naturales solo se obtendrá desde el momento en que el derecho al trabajo se garantice en términos absolutos, desde el momento en que “*los pobres puedan decir a sus compatriotas, en su falange natal: Nací en esta tierra; exijo admisión a todos los trabajos que allí se ejecutan, la garantía de disfrutar el fruto de mis labores; exijo el adelanto de los instrumentos necesarios para ejercer este trabajo y la subsistencia en compensación por el derecho de apropiación que la naturaleza me ha otorgado*”²⁹.

Desde estas consideraciones, puede comprenderse la crítica fourerista a los principios de libertad e igualdad proclamados por los principales textos jurídicos del periodo. Y ello toda vez que los sujetos que carecen de una existencia garantizada por un respaldo patrimonial, los no propietarios, carecen del grado de autonomía suficiente para hacerlos valer. El orden político resultante de la Revolución francesa de 1789 se sustentará así sobre un sistema político deficiente, y ello toda vez “*que elogia los Derechos del Hombre y no garantiza el primer derecho, el único útil, el derecho al trabajo*”³⁰; “*el único derecho precioso para los pobres*”³¹. Reconocer el principio de

²⁷ FOURIER, CH. *Traité de l'Association domestique-agricole...op. cit.*, p. 159.

²⁸ *Ibid.*, p. 179.

²⁹ *Ibid.* p. 180.

³⁰ *Ibid.* p. 179. En este trabajo encontraremos más pasajes en los que se define al derecho al trabajo como el primero de los derechos del hombre, el más esencial de todos ellos como presupuesto básico de existencia, v.gr. págs. 104, 139 o 185, en esta última se dirá: “*¿A qué vínculo podemos ver, en términos de libertad, entre las partes de este Universo donde el hombre es el más esclavizado de todos los seres?*”

libertad individual sin satisfacer previamente el derecho al trabajo supone, en opinión de este autor, “un error capital”³². Expuesto en estos términos, puede atribuírsele a Fourier una rudimentaria estratificación de derechos -al estilo de la efectuada más tardíamente por Marshall³³- según la cual los derechos civiles y políticos carecen de cualquier eficacia si no se garantizan previamente unas circunstancias materiales que permitan su ejercicio pleno. Es el derecho al trabajo el que, a modo de derecho de segunda generación, trataría de conseguir que aquellos fueran verdaderamente derechos ejercitables de manera igualitaria. Según se lee en la preciada obra:

*“Hemos pasado siglos discutiendo sobre los derechos humanos, sin pensar en reconocer el más esencial, el del trabajo, sin el cual los otros no son nada. ¡Qué vergüenza para las personas que se creen expertos en política social! ¿No deberíamos insistir en un error tan ignominioso, disponer a la mente humana para estudiar el mecanismo societario que restaurará al hombre todos sus derechos naturales, de los cuales la civilización ni siquiera puede admitir el principal, el derecho al trabajo?”*³⁴.

4. La fundamentación iusnatural del derecho al trabajo en otros autores del periodo

Como decíamos, esta fundamentación iusnatural encontrará otros seguidores³⁵. De entrada, podemos matizar lo antedicho al atribuirle a Fourier la originalidad de este

Mientras vemos sociedades totalmente libres, entre los insectos como entre las estrellas, por el contrario, las del hombre tienen tan poca libertad, que las personas civilizadas y bárbaras no tienen la facultad de retroceder y recomponer la horda salvaje que es el deseo de todos los asalariados. En términos de derechos, ¿qué relación podemos ver entre el hombre y el animal? Este último, se encuentra bien armado con el derecho a tomar su subsistencia allí donde lo encuentre; mientras que el hombre rebajado a la hambruna, mientras puede ver todos los bienes sociales expuestos ante sus ojos, ni siquiera está autorizado para reclamar el primero de sus derechos, el derecho al trabajo, del cual obtendría una ínfima subsistencia; y, sin embargo, durante 3000 años compone teorías sobre la libertad”.

³¹ *Ibid.*, p.178.

³² *Ibid.*, p.136.

³³ MARSHALL, T. H., *Ciudadanía y clase social*, Alianza, Madrid, 1998.

³⁴ *Ibid.*, p. 180.

³⁵ Aclaremos que aquí solo vamos a referirnos a los pensadores socialistas que se invocaron de manera más explícita a una fundamentación naturalista del derecho al trabajo. Debe precisarse sin embargo que la defensa del derecho al trabajo fue generalizada entre los socialistas de la época, sobre todo franceses, pronunciándose a su favor muchos autores que aquí serán omitidos por no apoyarse en aquella justificación iusnatural, la cual constituye el análisis de este estudio. Para un estudio más general sobre el tratamiento del derecho al trabajo en los socialistas utópicos vid. VIGO SERRALVO, F., *El derecho al trabajo...op. cit.*, págs. 120 a 183. Por otro lado, una obra de referencia clásica en el tema es TANGHE, F., *Le droit au travail entre histoire et utopie, 1789-1848-1989: de la répression de la mendicité à*

planteamiento, pues incluso, con carácter previo, existieron algunos otros pronunciamientos que ya afirmaron o señalaron la existencia de un derecho natural al trabajo. En este sentido, si bien de manera indirecta y en términos algo distintos a los que definieron el contenido de este derecho en sus primeras construcciones doctrinales, podemos encontrar este planteamiento pergeñado en una obra a la que se le ha atribuido una notoria trascendencia en la conformación conceptual de los derechos humanos, *La Science ou Les droits et les devoirs de l'homme*, de Victor Riqueti, Marqués de Mirabeau³⁶. En esta, se presenta el trabajo como el deber básico del ser humano, inherente a su propia naturaleza en la medida que siempre ha dependido de este, siendo el propio estado de naturaleza el que imponía la necesidad y el deber de trabajar³⁷. Como quiera que en la construcción de este autor, derecho y deber, representan dos efigies de una misma moneda³⁸, afirmará que el deber de trabajo es, en consecuencia, un derecho del individuo. Según podemos leer en dicha obra:

*“El trabajo es por lo tanto un deber. ¿Entonces todo se reduce para el hombre a un deber? Sí, y este deber, que es trabajo, es la raíz de todos sus otros deberes, y tiene el objeto primario, natural y necesario, la satisfacción de sus necesidades, que es su primer derecho y el principio de todos sus otros derechos”*³⁹.

l'allocation universelle, Bruselas-Florencia, Facultés universitaires Saint-louis/institut universitaire Europeen. Publications des Facultés universitaires, 1989. Finalmente, tenemos conocimiento de la reciente lectura de una tesis doctoral en la Universidad de Barcelona, *Los orígenes del derecho al trabajo en Francia 1789-1848*, elaborada por SCOTTO BENITO, P, cuya publicación se espera próxima y que también reserva un importante espacio a las aportaciones de los intelectuales socialistas del periodo sobre el particular.

³⁶Chez François grasset & comp., Laussana, 1774.

³⁷ Según se lee en la precitada obra: *“En el estado natural y agrícola, para asegurarse el disfrute regular de los derechos de subsistencia, hay que someterse primero al deber de trabajar (la tierra): la naturaleza otorga pues los derechos, pero también prescribe los deberes, que son por tanto naturales. y la vida social subsiguiente, la vida de los hombres en sociedad, queda precisamente definida como las relaciones continuadas entre sus derechos y sus deberes respectivos, y es por lo tanto de origen natural y no una mera convención: la vida social, indispensable para la prosperidad humana, es una institución de la naturaleza, y de ningún modo convención arbitraria entre los hombres”* Ibid., p. 58.

³⁸ Según este autor, derecho y deber son dos elementos inseparables entre sí, la naturaleza los establece *“en colaboración, nunca en oposición”* *ibid.*, p. 52. Según mantiene a cada deber corresponde un derecho *—“los derechos son la medida de los deberes”*, *ibid.*, p. 165; *“el derecho y el deber se suceden, forman un círculo cuya continuación perpetúa la vida humana”*; *ibid.*, p. 7; *“el orden circular de los derechos y los deberes multiplicados es siempre sencillo y está sujeto a las mismas reglas naturales”*; *ibid.*, p. 116.

³⁹ *Ibid.*, pp. 6-7.

Más cercanas al planteamiento de Fourier resultan las aportaciones de Johann Gottlieb Fichte⁴⁰. Aunque, en lo que sabemos, el filósofo germano no se refirió de manera explícita al derecho al trabajo, sí afirmó de manera indubitada la necesidad de que el poder político brindase garantías a la ocupación profesional de cada individuo y, para ello, seguirá una argumentación similar a la del socialista utópico francés, encontrando la legitimidad de dicha medida en la alienación de los derechos de subsistencia que ostentaba el hombre salvaje en el estado de naturaleza. En efecto, Fichte denunciará lo inequitativo que resultaría un pacto social en el que todos los sujetos enajenan sus derechos naturales y solo una parte de ellos obtienen una contraprestación, aquellos que ostentan el estatus de propietario. Heredero de la tradición contractualista formulada – en distintos términos– por Hobbes, Locke y Rousseau, sostendrá que la asociación voluntaria de los ciudadanos a través del contrato social obedece al deseo de estos de garantizar las condiciones óptimas para su seguridad. Tomando, así como punto de partida el presupuesto que definía al *Estado protector*, tratará sin embargo de superarlo reprobando la falta de reciprocidad de un contrato social en el que el individuo conmuta sus derechos naturales por un derecho, el de propiedad, que no proporciona seguridad a todos los sujetos que integran el cuerpo social. Este razonamiento lo encontraremos en su principal obra de índole política, *El Estado comercial cerrado*, en la que se expresaría de la siguiente forma:

“Quien no ha recibido nada como propio y con exclusividad, no ha renunciado a nada; está aislado en relación con el derecho, puesto que no ha participado en el reparto, y conserva su pretensión originaria de hacer en todas partes lo que quiera. ¿Con qué finalidad podría haber renunciado lógicamente a algo? ¿Qué cosa podría inducirlo a querer que cada cual conserve lo suyo cuando él no tiene nada? [...] Según esto, parece evidente que no sólo el agricultor, sino cada habitante del Estado, deberá tener una propiedad con exclusividad, porque, de lo contrario, no se le podría obligar al reconocimiento del derecho de propiedad del agricultor [...] ¿Qué le dará, pues, todavía el Estado? Evidentemente solo la garantía de que encontrará siempre trabajo [...] solo esta seguridad lo une al Estado”⁴¹.

⁴⁰ No debe extrañarnos por tanto que algún analista haya afirmado que Fichte desplegó una influencia decisiva en el socialismo francés y sus teorizaciones sobre este derecho (RUBIO, C., *Teoría del progreso: folleto escrito en contestación al que con el título de «La fórmula del Progreso», publicado por D. Emilio Castellar*, Imprenta Manuel de Rojas, Madrid, 1859, pp. 89 y 90), aunque, lo cierto y verdad es que ni en Fourier ni en otros autores que siguieron a este en la defensa del derecho al trabajo, encontramos referencias explícitas a este discípulo de Hegel.

⁴¹ FICHTE, J.G., *El Estado comercial cerrado* (trad. FRANCO BARRIO, J.), Tecnos, Madrid, 1991 (orig. 1800), p. 76 y 77.

Volviendo al territorio francés, el discurso de Fourier sobre el derecho al trabajo sería prohiado por su más célebre epígono, Victor Considerant. Este, aunque a grandes rasgos mantendrá los postulados esenciales con los que su maestro sostuvo la legitimidad de este derecho, varios aspectos invitan a hacer una mención aparte a este autor. En primer lugar, por otorgarle al derecho al trabajo un mayor protagonismo en la estructuración del orden social ideal. Y es que las referencias al derecho al trabajo aparecen en Fourier a modo de *obiter dictum*, junto con otras proposiciones reformista de muy diferente índole. En realidad, el derecho al trabajo será en este autor un elemento más del programa reformista de corte asociativo que construyó sobre el eje del falansterio. Victor Considerant, por su parte, dedicará una obra específica a defender la legitimidad de este derecho y lo presentará como un instrumento que, por sí solo, sin necesidad de recurrir a ese régimen asociativo, solventaría los vacíos de justicia que se le imputaban al orden liberal. En segundo lugar, puede decirse de Considerant que, a diferencia de Fourier, ejerció una -con todo evanescente- función política, desde la que impetró el reconocimiento de este derecho, siendo el responsable de su inclusión en el primer borrador de la Constitución francesa de 1848⁴². Por último, debe añadirse que este autor, sin alterar los términos esenciales del discurso sobre el derecho al trabajo fourerista, sí introdujo sobre este una serie de enmiendas puntuales que suprimía de este cualquier mácula subversiva y lo hacía más afín a la idiosincrasia política de época, lo que sin duda permitió una mejor divulgación de dicho discurso entre las clases populares.

Centrándonos en esta última de contribución de Victor Considerant, el mayor mérito de la misma reside en presentar al derecho al trabajo como un derecho compatible con el derecho a la propiedad privada. Si bien podría mantenerse que la concepción del derecho al trabajo de Fourier, tal y como aparece descrita en su obra, hace de este un derecho operativo en un régimen de libertad económica y propiedad privada, actuando como complemento corrector del mismo, dicho autor no reparará en justificar la forma en la que su idealización del derecho al trabajo sería institucionalizable en tal sistema político. Como ya hemos dicho, la propuesta de transformación social de Fourier aparece concentrada en el falansterio, y es en este contexto donde su teorización sobre el derecho al trabajo adquiriría operatividad⁴³. En otras palabras, sus reflexiones sobre el derecho al trabajo no pueden presentarse como autónomas, sino que forman parte

⁴²Joseph G., *Le droit au travail à la Assemblée Nationale, Recueil complet de tous les discours prononcés dans cette memorable discussion*, Guillaumin, París, 1848, p. 132.

⁴³ Fourier descartará que el derecho al trabajo pueda ser reconocido por el modelo actual en el que vivía: “No debemos insistir en un error tan ignominioso, disponer la mente humana para estudiar el mecanismo societario que devolverá al hombre todos sus derechos naturales, cuya civilización no puede garantizar ni admitir al principal, el derecho a trabajar”, FOURIER, CH., *Traité de l'Association domestique-agricole...op. cit.*, p. 179.

integrante de su más amplio proyecto de reforma de corte asociativo a través del cual debería alcanzarse un nuevo orden social ideal compuesto por comunidades autárquicas de producción y consumo⁴⁴. Considerant, sin embargo, hace un esfuerzo argumentativo tendente a demostrar la compatibilidad del derecho al trabajo en un régimen de libertad individual y Derecho patrimonial privado; su reconocimiento no implicaría subvertir el régimen liberal posrevolucionario sino, simplemente, enmendarlo.

Este planteamiento sobre el derecho al trabajo de Considerant aparece afectado por el cientificismo que este profesaba⁴⁵. Él no aspiraba a efectuar una defensa ideológica del derecho al trabajo, aceptable únicamente desde determinadas predilecciones políticas, sino que pretendía asentar una teorización sobre el derecho al trabajo y el derecho a la propiedad que, a diferencia de las desarrolladas hasta el momento, supusiera una “visión científica o verdadera” y, por tanto, “irrefutable por la inteligencia”⁴⁶. Según él sostenía, la palabra *Derecho* es utilizada en dos sentidos que deben ser meticulosamente distinguidos. De un lado el Derecho entendido como Derecho natural, cuando “*el Derecho es la expresión de los aspectos de la naturaleza de los seres o cosas; este Derecho es obviamente imprescriptible e inmutable*”. De otro lado, tenemos la acepción del Derecho como “*textos esencialmente variables, en los cuales los legisladores establecen su voluntad legislativa y tienen el respaldo de la fuerza pública*”⁴⁷; estas normas, a diferencia de las naturales, pueden ser recusadas. Desde esta dicotomía, Considerant con su construcción teórica querrá definir el derecho al trabajo como un derecho natural, y por tanto “imprescriptible e inmutable”⁴⁸. Ello no resulta en absoluto banal; repárese en que en la dogmática jurídica de la época los derechos naturales ocupaban, por así decirlo, el más alto rango de la jerarquía normativa. La salvaguarda de este tipo de derechos constituía, expresándolo de una manera simple, la finalidad legitimadora del orden político, tal y como se encargaba de advertir la propia Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, en cuyo artículo segundo se afirmaba que “*la finalidad de cualquier asociación política es la protección de los derechos naturales e imprescriptibles del Hombre*”.

⁴⁴ FOURIER, CH., *L'Harmonie universelle et le Phalanstère, T.I.*, Librairie Phalansterienne, París, 1849 (orig. 1832), p. 197.

⁴⁵ Sostendrá que el método científico es plenamente aplicable al desarrollo de normas legislativas, las cuales, so riesgo de perder su legitimidad, solo podrán tener una única fundamentación válida y deben ser aprobadas con vocación de irrefutabilidad.

⁴⁶ CONSIDERANT, V., *Théorie du Droit de Propriété et du Droit au Travail*, Librairie Phlanstérienne, París, 1848, p. 8.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 9.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 7.

El punto de partida de su razonamiento, siguiendo aquí de cerca a su maestro, se encuentra en el Estado salvaje y los derechos naturales de subsistencia de los que gozaba allí el individuo. Considerant ya no distingue, como sí lo hacía Fourier, entre un número determinado de derechos naturales, sino que los agrupará todos en el más genérico *derecho de usufructo* del ser humano sobre la tierra. En el estado salvaje, este usufructo pertenecerá a cada individuo en proporción alícuota y se traducirá en facultades sobre los bienes comunes naturales tales como pescar, cazar y la recolección de los pastos⁴⁹. Si reparamos superficialmente en estas facultades, observaremos que ninguna de ellas otorga una inmediata subsistencia al individuo, sino que requiere de este una actividad física o de transformación a través de la cuál, ahora sí, obtendría los insumos básicos para mantener su existencia y la de los miembros de su familia que de él dependiesen. Nunca ha existido, por así decirlo, un derecho a la existencia asegurado incondicionalmente o un derecho a la existencia pasiva, sino únicamente el derecho a ejercer las facultades que le permiten al individuo obtener los medios con los que garantizar dicha existencia. Ello lo afirma Victor Considerant de manera más concisa cuando sostiene que “*la ley original, el derecho de los hombres primitivos es el derecho al trabajo*”⁵⁰.

Este derecho a explotar el usufructo de la tierra del que goza el individuo en su estado salvaje es quebrantado por el reconocimiento del derecho a la propiedad, en la medida en que este impone limitaciones sobre los bienes naturales, que ya no pueden ser explotados indistintamente y en proporción igualitaria por todos los seres humanos. Instaurado el régimen de propiedad privada, “*se produce la confiscación de tierras y se priva al individuo de su parte proporcional del derecho de usufructo sobre el fondo común*”⁵¹. Es de esta forma como la garantía de subsistencia mediante su actividad que asiste al individuo en el estado salvaje se cercena bajo el régimen de protección de la propiedad privada para aquellos individuos que carecen de ella. No es por tanto que en el estado civil se promueva la positivización de un nuevo derecho, el derecho al trabajo, sino que, al contrario, este existe con carácter previo y fue precisamente “*arrebatado por la sociedad industrial*”⁵².

Llegados a este punto, dos serán las alternativas que nos presenta Considerant para reinstalar al ser humano en el pleno goce de su derecho natural al usufructo de la Tierra:

- 1) Retornar al estado salvaje, negando el derecho a la propiedad y el modelo de

⁴⁹*Ibid.*, p. 16. Resultará sugestivo comprobar como Considerant no hace mención a otros derechos a los que aludía Fourier como el de robo, lo que sin duda denota esta vocación de moderación a la que venimos atribuyéndole.

⁵⁰*Ibid.*, p. 24.

⁵¹*Ibid.*, p. 15.

⁵²*Ibid.*, p. 24.

sociedad en torno a él instaurado, o 2) respetando el derecho a la propiedad, proceder a reconocer el derecho al trabajo como forma de suplir las posibilidades de subsistencia que tenía el individuo antes de ser limitadas por el reconocimiento de aquel, *id est*, la institucionalización de un derecho equivalente al que aludía Fourier y que en Considerant apenas aparece modificado dialécticamente, identificando también este equivalente en el derecho al trabajo. La primera de estas posibilidades en opinión de este último autor debe ser descartada de plano⁵³, “*sería el final lógico de seguir a aquellos que niegan de plano la propiedad y desean su destrucción*”⁵⁴. Considerant querrá mantenerse en todo momento distanciado de estos. Para ello, elogia las ventajas que ha propiciado a la sociedad el régimen de propiedad privada y no aboga por la supresión radical de esta, si no tan solo por la alteración parcial de su acepción maximalista para hacerla conciliable con la garantía del derecho al trabajo.

Entonces, desechando así el retorno al estado salvaje, y por tanto, descartando también la negación del derecho a la propiedad, solo queda la compensación de sus desequilibrios a través del reconocimiento del derecho al trabajo, tratando de buscar así un *status quo* similar al del estado salvaje pero mejorado por los avances del sistema industrial, los cuales no se ponen en riesgo institucionalizando una garantía de ocupación de este tipo. Como se ha dicho, este fue el principal avance de Considerant con respecto a la teorización presentada por Fourier: el discípulo, a diferencia del maestro, verá factible la realización del derecho al trabajo dentro del orden social industrial⁵⁵, lo que sin duda sirvió para convertirlo en un discurso más tolerable en el contexto posrevolucionario.

Desde este razonamiento, el reconocimiento del derecho al trabajo se nos presenta como una “*conditio sine qua non* de la legitimidad del derecho a la propiedad”⁵⁶, como una suerte de compensación al individuo por la alienación de su derecho natural al usufructo operada por la propiedad privada sin la cual, esta última pierde toda su equidad. El

⁵³Lo cual no deja de ser reseñable pues, algunos opositores al reconocimiento del derecho al trabajo (V.gr. los liberales Thiers o Faucher) precisamente achacaron a Considerant lo indeseable que sería un eventual retorno al estado salvaje, caricaturizaron las teorías naturalistas del derecho al trabajo por entender que, al evocar al estado salvaje estaban anhelando su reinstauración, sin embargo puede leerse en Considerant, aunque con menos claridad, también en Fourier, cómo no es esta hipótesis la que plantearon. Vid. Intervención parlamentaria de Adolph Thiers en el debate constituyente de 1848, en GARNIER, J., *Le droit au travail à la Assemblée Nationale... op. cit.*, p. 132.

⁵⁴CONSIDERANT, V., *Théorie du Droit de Propriété...op. cit.*, p. 33.

⁵⁵REYES HEROLÉS, J., “El derecho al trabajo”. *Revista de la Universidad de México*, núm. 19 (1982) Accesible en: http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/files/journals/1/articles/11576/public/11576-16974-1-PB.pdf (última consulta el 13 de febrero de 2019).

⁵⁶ CONSIDERANT, V.: *Théorie du Droit de Propriété...op. cit.*, p. 25.

mayor interés de este planteamiento se debe a que, en el pensamiento del momento, se extendía una concepción antagónica del derecho a la propiedad y el derecho al trabajo. Las más de las veces el ataque liberal al derecho al trabajo vendría fundado en su supuesta incompatibilidad con el sacratísimo derecho a la propiedad privada⁵⁷. Con este pronunciamiento, Considerant no solo quiere superar dicha confrontación, sino que además presenta al derecho al trabajo y al de propiedad en un binomio sinérgico, estableciendo entre ambos una suerte de simbiosis que permitiría el equilibrio armonioso de los intereses que conviven en las sociedades modernas. Sin el derecho a la propiedad no se produce la convivencia pacífica en el orden social, sin el derecho al trabajo, el derecho a la propiedad carece de legitimidad.

Más allá de Considerant, como decíamos al iniciar este estudio, la disertación fourerista sobre el derecho al trabajo adquirió un importante grado de divulgación en el socialismo francés, al ser invocado por muchos de los teóricos del derecho al trabajo posteriores a Fourier y trascender, incluso, al debate político-parlamentario⁵⁸. De manera más reseñable debe decirse que esta fundamentación, que aquí estamos denominando iusnaturalista, fue reiterada -aunque sin referirse expresamente a Fourier- por Louis Blanc. Si reseñamos ahora este nombre es porque se trata, sin duda, del principal precursor histórico del derecho al trabajo y el responsable directo de su primera codificación, vigente y explícita⁵⁹, en el periplo revolucionario de 1848. Ciertamente, aunque la historia del pensamiento socialista no haya reservado a Blanc un lugar privilegiado, siendo denostado por algunos de sus contemporáneos y otros que analizaron retrospectivamente su obra, cualquiera que quiera acercarse a la historia del derecho al trabajo encontrará en este autor un protagonista ineludible. Centrándonos en

⁵⁷ Sobre esta incompatibilidad con el derecho a la propiedad privada, vid, la invectiva de FAUCHER L., *El derecho al trabajo*, Administración y Redacción del Plus Ultra, Barcelona, 1855 (orig. 1848).

⁵⁸ Podemos citar a modo de ejemplo el artículo de PAGETEN *la Phalange* del 20 de octubre de 1836, p. 337; uno posterior de CONSIDERANT, publicado en este mismo periódico el uno de noviembre de 1836, pp. 379 y 380; otro de CANTAGREL intitulado *Du droit au travail et de son organisation pratique en la Phalange* y que se publicó en *Revue de la science sociale*, vol. II, 1845, pp. 261-291 y vol. V de 1847, pp. 152-180. Vid. MENER, A., *El derecho al producto íntegro del trabajo...op. cit.* p. 19. También incorporará esta argumentación para defender el derecho al trabajo LAMENNAIS, H.F., *La Question du Travail*, Au bureau peuplé constituant, París, 1848, pp. 15 y ss.

⁵⁹ Hacemos esta puntualización, con la inclusión de los adjetivos vigente y explícita, para reseñar su repercusión histórica en comparación con el reconocimiento del derecho al trabajo que algunos quisieron ver en la Constitución jacobina de 1793 obra intelectual de Robespierre. Los términos de dicha codificación fueron ambiguos, hasta el punto de existir disparidad de criterios a la hora de concluir si efectivamente el constituyente jacobino incluyó o no un verdadero derecho al trabajo. En cualquiera de los casos, debe precisarse que este texto constitucional no obtuvo nunca operatividad práctica ni tan siquiera vigencia normativa. Estos defectos, la ambigüedad y falta de vigencia, no son sin embargo predicables del reconocimiento del derecho al trabajo en 1848.

lo que aquí analizamos, aunque este autor -madrileño de nacimiento- no hiciese una aportación teórica profusa al derecho al trabajo, en sus trabajos más pragmáticos haría suya la fundamentación naturalista esbozada, en origen, por Fourier. Así y como botón de muestra, de su opúsculo *Socialismo y derecho al trabajo* podemos extraer el siguiente verbatim:

*“¿no está prohibido que recolectemos estas frutas, que bebamos en esta fuente, que busquemos estos animales, que cubramos un refugio bajo este follaje? Todo lo que nos falta para vivir es trabajar, porque cuando nacimos encontramos todo invadido a nuestro alrededor; porque las leyes, hechas sin nosotros y ante nosotros, se entregan cruelmente al cuidado de nuestro destino; porque en virtud de estas leyes, los medios de trabajo, cuya tierra parecía haber reservado el uso de todos sus hijos, se convirtieron en posesión exclusiva de algunos”*⁶⁰.

Nuevamente aparece en Blanc una idea que ya había sido incorporada -de manera más o menos expresa- por los autores precedentes, el derecho al trabajo, en los términos en los que aquí lo estamos definiendo, era un derecho compatible con el derecho a la propiedad. No se cuestiona la legitimidad de este último, el cual Blanc define como un “derecho esencial para la sociedad, inherente a la naturaleza humana”, pero sí cree que nunca debería convertirse en un privilegio ostentado por una pequeña cuota de la población, “*precisamente porque el derecho de propiedad es inherente a la naturaleza humana, todos los que pertenecen a la naturaleza humana están llamados a disfrutar de las ventajas del derecho de propiedad. No se trata de negarlo, en detrimento de algunos; sino de afirmarlo para el beneficio de todos*”⁶¹. ¿Cómo podría garantizar este acceso generalizado a la propiedad? Pues con base en la teoría trabajo-propiedad de filiación lockiana que encuentra en el trabajo humano la única fuente legítima de la propiedad, solo resultaría preciso garantizar el acceso a dicha fuente, id est, el trabajo. Garantizar el derecho al trabajo era, de esta forma, garantizar el derecho a la propiedad⁶².

Finalmente, en términos muy similares a los del Blanc, y con connotaciones igualmente naturalistas, se expresaría la socialista -y precursora del movimiento feminista- Flora Tristán, que también encontrará en esta correlación propiedad-trabajo el fundamento necesario para defender la legitimidad del derecho al trabajo. Para esta última autora el fundamento último del derecho al trabajo se encontraba en el derecho a la libre disposición de la persona sobre sus capacidades físicas, lo que constituía el derecho a la

⁶⁰ BLANC, L., *Socialismo y derecho al Trabajo...*op.cit., p. 23.

⁶¹ *Ibid.* pp. 24 y 25.

⁶² TRISTAN, F., *Union ouvrière*, Chez Tous Les Librairies, París y Lyon, 1844.

propiedad sobre su corporalidad. Ciertamente, aunque no sea citado de manera expresa, esta fundamentación bebe de las contribuciones de Locke que, previamente, cuando afirmó la teoría trabajo-propiedad, encontró la premisa de esta en el derecho sobre sí mismo que otorga Dios a cada individuo. Según Tristán, si bien el artículo 8 de la constitución de 1830 garantizaba al individuo el “*libre disfrute y garantía de su propiedad*”, para el proletario, carente de propiedades, especialmente de medios de producción, “*el ejercicio de ese libre disfrute de propiedad consistiría [...] en poder utilizar sus brazos cuando y como gustase, y para ello debe tener derecho al trabajo*”⁶³.

5. Reflexión de cierre sobre las sinergias entre el derecho al trabajo y el derecho a la propiedad privada

Para clausurar este estudio ofreceremos una sinóptica relación de las principales ideas que en el mismo se han abordado y, seguidamente, una también breve reflexión de cierre sobre la importancia que atribuimos a los pronunciamientos intelectuales aludidos. En cuanto a la enunciación de las ideas esenciales de este trabajo, podría quedar como sigue:

- El derecho al trabajo fue el primer derecho social de naturaleza social o prestacional reivindicado por los primeros exponentes del pensamiento socialista.
- Estos autores postularon que una garantía perfecta de empleo sería válida para enmendar los principales déficits que se le imputaban a una sociedad industrial capitalista. Ello desde el entendimiento de que era la incertidumbre en los ingresos o en la permanencia en el empleo la causa última de la miseria de las clases laboriosas.
- Los discursos teóricos sobre el derecho al trabajo dotaron a este de una justificación naturalista que sirvió para otorgarle una importante legitimidad teórica. Repárese en que estamos en un tiempo en el que la función del Estado de Derecho se identificaba con la garantía de los derechos naturales e inalienables del hombre.
- Esta justificación naturalista pasaba por advertir la pérdida de los derechos de subsistencia que encontraba el individuo salvaje al *adherirse* al contrato social, e ingresar en un estado civilizado que tomaba entre sus bases fundacionales el reconocimiento del derecho de propiedad. Este derecho garantizaba medios de existencia a los propietarios, al mismo tiempo que vedaba del acceso a estos a los no propietarios, para los cuales no se preveía ningún equivalente compensatorio.

⁶³ *Ibid.*, p. 91.

- El derecho al trabajo se presentó así como una compensación en favor de los no propietarios, equivalente a los derechos naturales alienados por el derecho de propiedad y que permitían su subsistencia material. El derecho al trabajo vendría a ser una garantía de existencia para estos en un orden capitalista, de tal forma que aquella no quedase supeditada a los designios de quienes ostentaban la titularidad de los bienes productivos.

Precisamente en esta última idea -y como reflexión de cierre- reside el principal atractivo que nosotros atribuimos a las aportaciones teóricas protosocialistas sobre el derecho al trabajo. Y es que, en nuestra opinión, justificar el derecho al trabajo a través de los déficits de cobertura aseguradora que engendraba el régimen de propiedad privada fue una forma muy solvente, argumentativamente hablando, de legitimar la intervención del Estado en la esfera social y económica. Aunque en aquella ocasión esta intervención del Estado se concentrase sobre el derecho al trabajo, puede concluirse que a través de este derecho se pretendía instaurar un auténtico orden socializante que superase las carencias del régimen liberal posrevolucionario. Tal y como hemos sostenido aquí, el derecho al trabajo fue el vector de un primigenio y alternativo proyecto de Estado social; los discursos que legitimaron la instauración de este derecho son, por tanto, válidos o, cuanto menos, pertinentes para disertar sobre la razón de ser de esta forma política de convivencia, del Estado social que hoy nos es coetáneo. Los protosocialistas buscaron el origen de esta legitimación en el pacto social por el que los individuos se separan del estado de naturaleza. Más concretamente, en la falta de reciprocidad imputable a dicho pacto si en el mismo se reconociese el derecho de propiedad sin ningún tipo de salvaguarda existencial para aquellos individuos que careciesen de ella. Como consecuencia de la deficiente, estrecha o excluyente cobertura del derecho a la propiedad privada, se trataba de un pacto en el que había ganadores -los propietarios, que vieron garantido institucionalmente el disfrute de ese derecho de manera más segura a como ocurriría en el estado salvaje- y perdedores -aquellos individuos que no ostentaban tal estatus y que perdían el derecho a explotar libremente los bienes naturales para subsistir-. A partir de este razonamiento, en su esencia sumamente sencillo, los protosocialistas justificaron la legitimidad de la intervención del poder público en la economía y las relaciones profesionales. Que en aquella ocasión esta intervención se canalizase a través del derecho al trabajo es, en parte, una opción casual. Al reivindicar este derecho se afirmaba la obligación estatal de ofrecer garantías de existencia a los individuos no propietarios para que estos no encontraran su existencia subordinada a los designios del mercado económico o del capital. Se trataba de afirmar que las más elementales reglas de equidad impedían la consagración de un derecho absoluto e irrestricto a la propiedad y que el reconocimiento de este derecho por un ordenamiento exigía la compensación con otras medidas de protección social. Esta es, según entendemos y aunque a veces se difumina, es la idea que todavía legitima

la esencia del Estado social. Estimamos que los discursos sobre el derecho al trabajo esbozados por Fourier y otros protosocialistas fueron los primeros en exponerla de forma explícita y, lo que es más importante, son en parte válidos para reflexionar sobre la crisis del Estado social contemporáneo que tanto se viene disertando en las últimas décadas.

Bibliografía

ALARCÓN CARACUEL, M.R., “Derecho al trabajo, libertad profesional y deber de trabajar”, *Revista de Política Social. Instituto de Estudios Políticos*, vol. 121 (1979), pp. 5–39.

ALEXY, R., *A theory of Constitutional Rights*, Oxford, University Press. 2002, Oxford.

ANTONETTI, E., “«Vivre en travaillant»! Il dibattito sul diritto al lavoro all’Assemblea Nazionale Costituente Francese (11–15 settembre 1848)”, *Scienza & Politica*, vol. 22 (2000), pp. 47–70.

ARENDT, H., *De la Historia a la Acción*. (trad. Biurlés, Fina), Paidós, Barcelona, 1995. pp. 89–108.

BEURET, E., *De la misère des classes labourieuses en France et en Angleterre*, T.I., Chez Paulin, París, 1840.

BLANC, L., *Socialismo y derecho al Trabajo*, El Independiente, Madrid, 1850.

CASTEL, R., *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegidos?* (trad. Ackerman, Viviana), Editorial Manantial, Buenos Aires, 2004 (orig. 2003).

CONSIDERANT, V., *Théorie du Droit de Propriété et du Droit au Travail*, Librairie Phlanstérienne, París, 1848.

DALINE, V., *Gracchus Babeuf avant et pendant la Révolution française (1785–1794)*, Éditions du Progrès, Moscú, 1987.

DURÁN VÁZQUEZ, J.D., “La construcción social del concepto moderno de trabajo”, *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, núm. 13, vol. 1 (2006).

FAUCHER L., *El derecho al trabajo*, Administración y Redacción del Plus Ultra, Barcelona, 1855 (orig. 1848).

FICHTE, J.G., *El Estado comercial cerrado* (trad. Jaime Franco Barrio), Tecnos, Madrid, 1991 (orig. 1800).

FOURIER, C., “*Theorie des quatre mouvements, Vol. P*”. En *Oeuvres complètes*, Société pour la propagation et pour la réalisation de la théorie de Fourier, París, 1843 (orig. 1808).

FOURIER, C., *L’Harmonie universelle et le Phalanstère, T.I.*, Librairie Phalansterienne, París, 1849 (orig. 1832).

GORZ, A., *Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido. Crítica de la razón económica* (trad. Ruíz, M.^a Carmen), Sistema, Madrid, 1995.

HERRERA, C.M., “Constitución y Derechos Sociales”. *Rev. Derecho del Estado*, núm. 15, (2003), pp. 75-92.

HOBBS, T., *El Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil* (trad. Sánchez Sarto, Manuel), Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, 1995 (orig. 1651).

HOBBSAWM, E. J., *La era del capitalismo: (1848-1875)* (trad. garcía Fluixá, A.), Editorial Labor, Barcelona, 1989.

GARNIER, J., *Le droit au travail à la Assemblée Nationale, Recueil complet de tous les discours prononcés dans cette memorable discussion*, Guillaumin, París, 1848.

LABROUSSE, E., *Le mouvement ouvrier et les théories sociales de 1815 a 1848*, Centre de documentattion universitaire, París, 1954.

LAMENNAIS, H.F., *La Question du Travail*, Au bureau pepule constituant, París, 1848.

LAURENS, E., *Louis Blanc le régime social du travail*, Librairie Nouvelle de Droit et de Jurisprudence, París, 1908.

LAVALETTE, F., *Le Droit au travail en 1848*, París, Arthur Rosseau, 1912.

LOCKE, J., *Segundo Tratado sobre el Gobierno civil*, (trad. Mellizo, Carlos), Tecnos, Madrid, 2006 (orig. 1689).

MAILLARD, A., MAZAURIC, C.; Y WALTER, E., *Présence de Babeuf: lumières, révolution, communisme*, Publications de la Sorbonne, París, 1994.

MARSHALL, T. H., *Ciudadanía y clase social*, Alianza, Madrid, 1998.

MARX, K., *El 18 de brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003 (orig. 1852).

MARX, K., *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* (trad. Grupo de Traductores de la Fundación Federico Engels), Fundación Federico Engels, Madrid, 2015 (orig. 1850).

MENGER, A., *El derecho al producto íntegro del trabajo* (edición y estudio preliminar «Derechos sociales y Estado democrático social en Antón Menger» MONEREO PÉREZ, J.L.), Editorial Comares, Granada 2004 (orig. 1886).

MOREAU-CHRISTOPHE, L. M., *Du droit a l'oisiveté et de l'organisation du travail servile dans les Républiques Greques et Romaine*, Chez Guillaumin, París, 1849.

QUENTIN BAUCHART, P., *La crise sociale de 1848. Les origines et la Révolution de Février*, Libr. Hachette, París, 1920.

REYES HEROLES, J., “El derecho al trabajo”. *Revista de la Universidad de México*, núm. 19 (1982) Accesible en: http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/files/journals/1/articles/11576/public/11576-16974-

RIQUETI, MARQUÉS DE MIRABEAU,V., *La Science ou Les droits et les devoirs de l'homme*.

ROSANVALLON, P., *La crisis del Estado Providencia* (trad. y estudio introductorio, Estruch Manjón, A.), Civitas, Madrid, 1995 (orig. 1981).

ROSSEAU, J.J., *El contrato social. Principios de Derecho político*, Impr. de los Herederos de Roca, Barcelona, 1836.

RUBIO, C., *Teoría del progreso: folleto escrito en contestación al que con el título de «La fórmula del Progreso», publicado por D. Emilio Castellar*, Imprenta Manuel de Rojas, Madrid, 1859.

SISMONDI, J.C.S., *Nouveaux principes d' économie politique*. T.II, Chez Delaunay, Paris 1819.

SVESTKA M., *Diritto al lavoro*, La Nuova Italia, Florencia, 1951.

TANGHE, F., *Le droit au travail entre histoire et utopie, 1789-1848-1989: de la répression de la mendicité à l'allocation universelle*, Bruselas-Florencia, Facultés universitaires Saint-louis/institut universitaire Europeen. Publications des Facultés universitaires, 1989.

VIGO SERRALVO, F., *El derecho al trabajo, un primigenio y alternativo proyecto de Estado social. Reflexiones para el debate sobre la cuestión social contemporánea*, Thomson-Reuters Aranzadi, Cizur Menor, 2019.